

— ¿Sin gendarmes?

— Sí.

— Saldrá de aquí... libre?

— Saldrá libre.

— ¿Y solo?

— Solo.

— ¿Pero irá...?

— A dónde quiera... — dijo Rodolfo interrumpiendo al Churiador con una sonrisa siniestra.

El negro volvió á entrar en el aposento.

— ¿Cómo está Murph, David?

— Durmiendo, monseñor — dijo con tristeza el médico. — La respiración está algo oprimida.

— Sigue de peligro, ¿es verdad?

— Su estado es bastante grave, monseñor... Pero debemos esperar...

— ¡Ah Murph!... ¡querido Murph!... ¡venganza!... ¡venganza!... — gritó Rodolfo con un furor concentrado. Y luego añadió: — David... una palabra...

Y habló en voz baja al oído del negro.

Éste se estremeció.

— ¿Tembláis? — le dijo Rodolfo. — Tiempo ha que sabéis mi intención... El momento de realizarla es éste...

— No tiemblo, monseñor... Esa idea encierra una completa reforma penal digna del estudio de los mejores casuistas de derecho criminal, porque esa pena sería... terrible... eficaz... y produciría las más veces el arrepentimiento... En este caso es aplicable. Sin enumerar los crímenes que han echado á presidio perpetuo á ese bandido... ha cometido tres asesinatos... el boyero... Murph... y vos... Es de justicia.

— Y aun después le quedará un campo... un horizonte sin límites para la expiación... — añadió Rodolfo. Después de un momento de silencio continuó:

— ¿Le bastarán cinco mil francos, David?

— Sí, monseñor.

— Querido mío — dijo Rodolfo al Churiador que estaba asombrado — tengo que hablar á solas con el señor. En el cuarto inmediato, sobre el escritorio, hallarás una cartera encarnada; saca de ella cinco billetes de á mil francos y tráemelos...

— ¿Para quién son esos cinco mil francos? — dijo involuntariamente el Churiador.

— Para el Maestro de Escuela... y al mismo tiempo dirás que le traiga n aquí.

XIX

EL CASTIGO

La escena pasó en un salón iluminado y cubierto con tapices rojos.

Rodolfo, vestido con una gran bata de terciopelo negro que aumentaba la palidez de su rostro, estaba sentado á una espaciosa mesa cubierta con un tapete verde, sobre la cual se veía la cartera del Maestro de Escuela, la cadena de similor de la Lechuza con el agnusdei de lapislázuli, el puñal ensangrentado aún que había herido á Murph, la ganzúa con que se había forzado la puerta y los cinco billetes de á mil francos que el Churiador había ido á buscar al cuarto inmediato.

El doctor negro estaba sentado á un lado de la mesa y el Churiador al otro. El Maestro de Escuela, agarrotado de manera que no podía hacer ningún movimiento, estaba en un gran sillón de ruedas en medio de la sala: las personas que habían conducido á este hombre se habían retirado, quedando solos Rodolfo, el médico y el Churiador.

Rodolfo no estaba irritado, y en su semblante se veían la calma, la tristeza y el recogimiento, propios de la misión solemne que iba á desempeñar.

El doctor estaba pensativo.

El Churiador sentía un temor vago, y no separaba un momento la vista de Rodolfo.

El Maestro de Escuela estaba descolorido, livido... lleno de terror.

Fuera de la sala reinaba un profundo silencio y sólo se oía el ruido triste y continuo de la lluvia.

Rodolfo se dirigió al Maestro de Escuela y dijo:

— Desertor del presidio de Rochefort, á donde fuisteis condenado por toda la vida... por falsario, ladrón y asesino... vos sois Anselmo Duresnel.

— ¡Eso no es verdad! — dijo el Maestro de Escuela con voz alterada y echando alrededor de sí una mirada feroz é inquieta.

— Sois Anselmo Duresnel... vos habéis robado y asesinado á un ganadero en el camino de Poissy.

— ¡Es falso!

— Más tarde lo confesaréis.

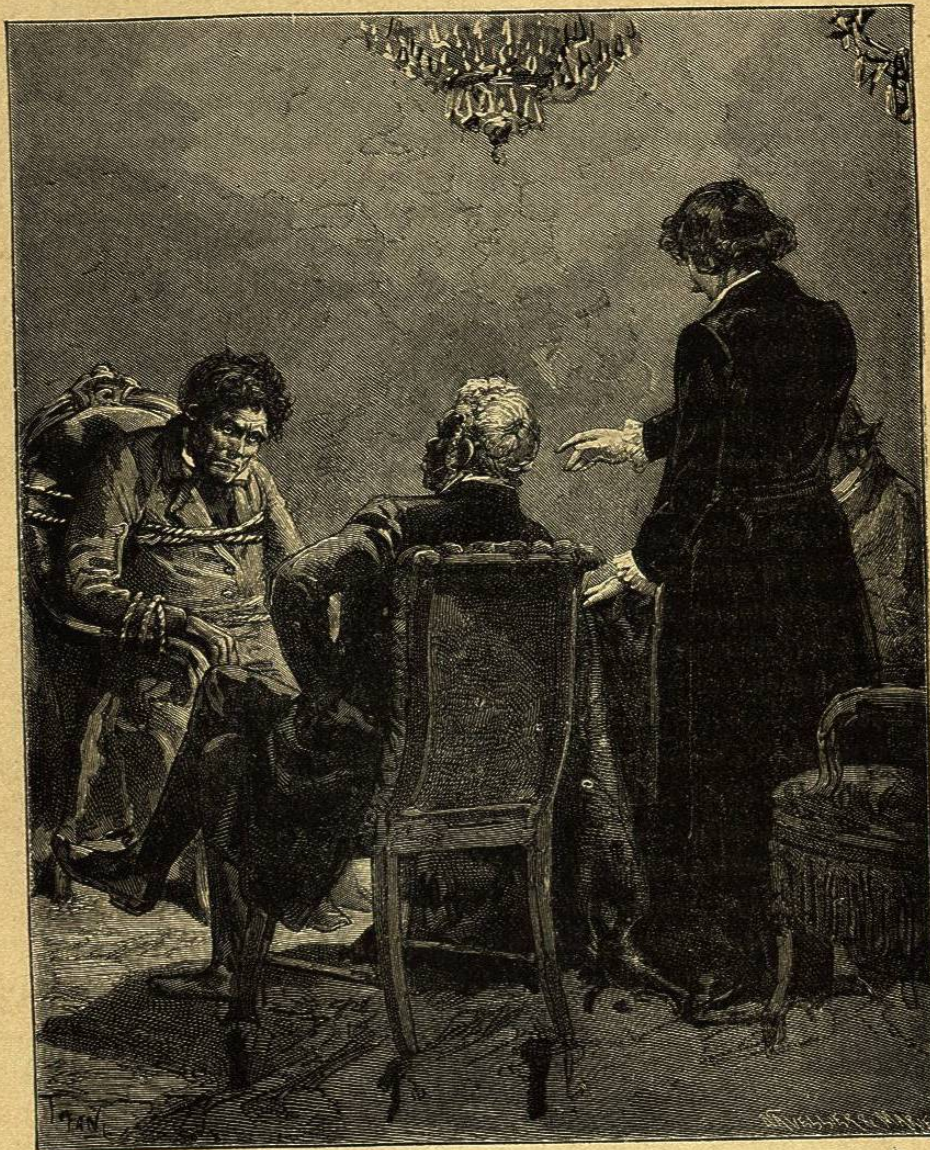
El bandido miró á Rodolfo con terror y sorpresa.

— Esta noche habéis venido aquí para robar, y habéis herido con un puñal al dueño de esta casa...

— Vos sois quien me ha propuesto ese robo, — dijo el Maestro de Escuela

recobrando alguna firmeza ; — me han acometido... y tuve que defenderme.

— El hombre á quien habéis herido no os atacó, pues estaba desarmado. Es cierto que os he propuesto este robo... pero luego os diré con qué objeto. La



El hombre á quien habéis herido no os atacó...

vispera, después de haber robado en la Cité á un hombre y á una mujer, les habéis prometido matarme por mil francos !...

— Yo soy testigo — dijo el Churiador.

El Maestro de Escuela le dirigió una mirada feroz.

Rodolfo continuó :

— Ya veis que para hacer mal no necesitabais que yo os sedujese !...

— No sois mi juez... no volveré á responderos...

— Ahora os diré por qué os he propuesto este robo : Sabía que erais desertor de presidio y que conocíais á los padres de una joven, cuya desventura ha causado vuestra cómplice la Lechuza... Quería atraeros aquí con el estímulo del robo, único capaz de seduciros ; y una vez en mi poder eligiríais, ó bien el ser entregado á la justicia, que os haría pagar con la cabeza el asesinato del ganadero...

— ¡ Es falso !... yo no he cometido ese crimen.

— Ó bien el ser expatriado de Francia por cuenta mía, y reducido en otro país á una reclusión perpetua en donde vuestra suerte sería más llevadera que en presidio ; pero sólo os concedería esta conmutación de castigo en el caso de revelarme el secreto que deseaba adquirir. Condenado á presidio perpetuo habéis quebrantado vuestra prisión ; y apoderándome de vos é impidiendo que volviérais á hacer daño, servía á la sociedad, al paso que conseguía restituir á su familia una pobre criatura más infeliz que culpable. Este fué mi primer designio : no era legal, pero vuestra evasión y vuestros crímenes os ponen fuera de la ley... Ayer, por una revelación providencial, he sabido que erais Anselmo Duresnel.

— ¡ Es falso ! no me llamo Duresnel.

Rodolfo cogió de la mesa la cadena de la Lechuza, y enseñando al Maestro de Escuela el pequeño agnusdei de lapislázuli, dijo con voz amenazadora :

— ¡ Sacrilego !... habéis prostituído dándola á una criatura infame, esta reliquia santa... ¡ tres veces santa !... porque vuestro hijo había recibido este piadoso don de su madre y de su abuela !

Atónito al oír esto el Maestro de Escuela, bajó sin responder la cabeza.

— Hace quince años que habéis robado vuestro hijo á su madre, y como debéis poseer el secreto de su existencia, tenía un motivo más para asegurarme de vuestra persona desde el momento en que supe quién erais. No quiero vengarme de ofensas personales... Esta misma noche habéis derramado la sangre de quien no os provocaba, pues el hombre á quien habéis asesinado se acercó á vos sin la menor sospecha de vuestro furor sanguinario. Os preguntó qué le queríais, y vuestra respuesta ha sido « ¡ La bolsa ó la vida !... » y le disteis una puñalada.

— Así lo refirió el señor Murph cuando le presté los primeros socorros — dijo el doctor.

— Es falso... ha mentado.

Murph no miente jamás — dijo con frialdad Rodolfo. — Vuestros crímenes

piden una reparación ruidosa. Os habéis introducido aquí por asalto y escalamiento y habéis dado de puñaladas á un hombre para robarle... Habéis cometido un asesinato... Vais á morir en ese sitio... Por compasión, por respeto á vuestra mujer y á vuestro hijo no sufriréis la ignominia del patíbulo... se dirá que habéis sido muerto combatiendo á mano armada... Disponed... las armas están preparadas.

— ¡Misericordia... piedad!

— No hay piedad para vos — dijo Rodolfo. — Si no morís aquí moriréis en el cadalso.

— Prefiero el cadalso... viviré á lo menos dos ó tres meses más... Al fin seré pronto castigado, y á vos os es igual... ¡Piedad... misericordia!...

— Pero vuestra mujer y vuestro hijo... que llevan vuestro nombre...

— Mi nombre está ya deshonrado... Aunque no deba vivir más que ocho días, ¡piedad!...

— ¡Ni aún ese desprecio de la vida que profesan algunos criminales! — dijo con desdén Rodolfo.

— Además la LEY prohíbe el que uno se haga justicia por su mano — repuso el Maestro de Escuela con más firmeza.

— ¡La ley! — exclamó Rodolfo — ¡la ley!... ¿Y osáis invocar la ley después de haber vivido siempre en guerra á muerte con la sociedad?...

— Bajó la cabeza el bandido sin responder, y luego dijo en tono más humilde:

— Á lo menos dejadme vivir por compasión.

— ¿Me diréis en dónde está vuestro hijo?

— Sí... sí... os diré todo lo que sé...

— ¿Me diréis quienes son los padres de esa niña, cuya infancia ha atormentado la Lechuza?

— En mi cartera hallaréis papeles que os revelarán quienes son las personas que la entregaron á la Lechuza...

— ¿En dónde está vuestro hijo?

— ¿Me concederéis la vida?

— Confesad primero...

— Sí; pero cuando sepáis... — dijo el Maestro de Escuela receloso.

— ¡Lo has matado!

— No... no... lo he entregado á uno de mis cómplices, que logró salvarse cuando me prendieron.

— ¿Qué ha hecho de él ese hombre?

— Le ha enseñado lo necesario para entrar en la casa de un banquero de Nantes... á fin de darnos buenas noticias, inspirar confianza al banquero y facilitar así nuestros planes. Esperando siempre escaparme de Rochefort,

dirigía desde allí el plan de esta empresa y seguía una correspondencia por cifras con mi amigo.

— ¡Oh, Dios mío! ¡su hijo!... ¡su hijo! Este hombre me horroriza — exclamó Rodolfo asombrado y cubriéndose el rostro con la manos.

— ¡Pero sólo se trataba de falsificación! — gritó el bandido; — y aun así cuando mi hijo supo lo que de él se pretendía, se indignó de tal manera que todo lo dijo á su principal y desapareció de Nantes... Hallaréis en mi cartera una indicación de los pasos que se han dado para encontrar á mi hijo... La última noticia es de que habitó una casa en la calle del Templo con el nombre supuesto de Francisco Germán. Ya veis que todo lo he declarado... todo... Ahora cumplid vuestra palabra y haced que se me prenda tan sólo por el robo de esta noche.

— ¿Y el ganadero de Poissy?

— No es posible que llegue á descubrirse, porque no hay pruebas. A vos os lo confieso para probaros mi buena voluntad; pero delante del juez negaré...

— ¡Luego lo confiesas!

— Estaba lleno de miseria y no tenía con qué vivir... la Lechuza me lo aconsejó... ahora me arrepiento... Ya veis que lo confieso... ¡Ah! si no me entregaseis á la justicia os daría mi palabra de honor de no volver...

— Vivirás... y no te entregaré á la justicia.

— ¿Me perdonáis? — gritó el Maestro de Escuela, no creyendo lo que escuchaba — ¿me perdonáis?

— ¡Te juzgo... y te castigo! — exclamó Rodolfo con voz solemne. — No te entregaré á la justicia porque irías al cadalso ó á presidio, y esto no debe ser... En el presidio dominarías aún á esa turba de malvados con tu fuerza y tu iniquidad, y satisfarías tu instinto de opresión brutal... serías odiado y temido de todos; y el crimen tiene también su orgullo, y tú te gozarías con tu propia monstruosidad... Á presidio no: tu cuerpo de hierro se burlaría del trabajo forzado y del rebenque del mayoral. Las cadenas se rompen, los muros se minan y se escalan, y el día menos pensado romperías tu prisión y volverías á arrojarte en la sociedad como una bestia feroz, señalando tu paso con la rapiña y el asesinato... porque nada está seguro de tu fuerza hercúlea y de tu puñal: ¡no, no irás á presidio! Pero ya que en la prisión romperías tus cadenas... ¿qué se hará para librar á la sociedad de tu furor de tigre? ¿entregarte al verdugo?

— ¡Luego es mi muerte lo que queréis! — exclamó el bandido.

— No... porque con tu empeño encarnizado de vivir esperarías evadarte de las angustias del suplicio hasta el último momento, y esta esperanza insensata te ocultaría los horrores de tu castigo hasta que estuvieses en poder del verdugo... Y entonces, embrutecido por el terror, no serías más que una

masa inerte ofrecida en holocausto á los manes de tus víctimas. No morirás, te digo... porque esperarías salvarte hasta el último momento... y tú, monstruo, no debes esperar... No... si no te arrepientes, no quiero que tengas esperanza alguna en esta vida...

— ¿Pero, qué tiene conmigo este hombre?... ¿quién es?... ¿Qué quiere?... ¿en dónde estoy?... — gritó el Maestro de Escuela casi delirando.

Rodolfo continuó:

— Si por el contrario despreciases la muerte, tampoco deberías ser condenado al último suplicio... El cadalso sería para ti un teatro sangriento como otros muchos, en donde harías ostentación de tu ferocidad... en donde mirando la vida con bestial indiferencia, condenarías tu alma y darías el último aliento con una horrenda blasfemia... No será, te digo... porque el pueblo no debe ver á un criminal burlarse con estúpida indiferencia de la cuchilla de la ley, insultar al verdugo y mofarse en la agonía del soplo divino con que el Todopoderoso ha animado nuestro ser... Nada hay más sagrado que la salvación de una alma. « Todo crimen se expia y se redime, » ha dicho el Salvador; pero como del tribunal al cadalso no hay más que un paso, es necesario dar más tiempo á la expiación y al arrepentimiento. Este plazo... lo tendrás... y quiera el cielo que sepas aprovecharlo.

El Maestro de Escuela, confundido y anonadado, temió por primera vez en su vida y sintió que había algo más horrible que la muerte. Este vago temor lo llenó de un horror indecible.

Rodolfo continuó:

— Anselmo Duresnel, no irás á presidio... no subirás al patíbulo...

— ¿Qué queréis entonces de mí?... ¿sois algún demonio salido del infierno para atormentarme?

— Oye... — dijo Rodolfo levantándose con aire de autoridad severa y amenazadora: — tú has abusado criminalmente de tu fuerza... yo paralizaré tu fuerza... Los más vigorosos temblaban delante de ti... tú temblarás delante de los más cobardes y débiles... ¡Asesino!... tú has sepultado en una noche eterna á criaturas del Señor... las tinieblas de la eternidad empezarán para ti en esta vida... hoy... ahora mismo... Tu castigo será igual á tus crímenes... Pero este horrible castigo — añadió Rodolfo con un aire de compasión dolorosa — dejará á lo menos un porvenir sin límites á la expiación de tus crímenes... Yo sería tan delincuente como tú si al castigarte quisiese únicamente satisfacer una venganza, por legítima que fuese... Tu castigo, lejos de ser estéril como la muerte, será fecundo... lejos de condenarte, te redimirá... Para que no causes más daño te privo de que puedas contemplar los esplendores de la creación... Te sepulto en una oscuridad impenetrable, para que, solo y envuelto en el temeroso recuerdo de tus crímenes, contemples incesantemente su defor-

midad... Si... aislado para siempre del mundo exterior, tendrás que contemplarte á ti mismo... y entonces tu horrible rostro envilecido por la infamia se cubrirá de rubor... tu alma corrompida por el crimen sentirá la conmiseración... Todas tus palabras son blasfemias... y todas tus palabras se convertirán en plegarias que dirigirás al Omnipotente... Eres osado y cruel porque eres fuerte... y serás manso y humilde porque serás débil... Tu corazón, que jamás ha sentido al arrepentimiento, llorará un día las víctimas de tu ferocidad... Degradaste la inteligencia con que el Señor te había dotado, prostituyéndote al robo y al homicidio y convirtiéndote en bestia salvaje; pero vendrá un día en que la expiación y los remordimientos hagan recobrar á esa inteligencia su dignidad... Ni aun has respetado lo que respetan las bestias salvajes: la hembra y los hijuelos... Después de una larga vida consagrada á la expiación de tus crímenes, tu última plegaria será para pedir á Dios que te conceda la felicidad de morir en los brazos de tu mujer y de tu hijo...

La voz de Rodolfo se conmovió al decir estas palabras.

El Maestro de Escuela no manifestó miedo alguno, porque creyó que su juez había querido aterrarlo antes de llegar á esta última lección moral; y animado por la dulzura del acento de Rodolfo, dijo con una risa grosera é insolente:

— Vamos claros... ¿estamos aquí adivinando charadas... ó dando lección de catecismo... ó qué hacemos?...

Rodolfo no respondió, y dijo al doctor:

— David... lo que se ha resuelto... ¡Que caiga sobre mi solo el castigo de Dios si no obro con acierto!...

El negro tocó la campanilla.

Entraron dos hombres en la sala.

David les señaló la puerta de un gabinete lateral, al cual hicieron rodar la silla en que el Maestro de Escuela estaba agarrotado de manera que no podía moverse.

— ¡Oh! ¡queréis matarme ahora!... ¡piedad!... ¡piedad!... ¡misericordia!... — gritó el Maestro de Escuela cuando lo llevaban.

— Sujétadle la cabeza y ponéle una mordaza — dijo el negro al entrar en el gabinete.

El Churiador y Rodolfo quedaron solos.

— Señor Rodolfo — dijo el Churiador con voz trémula — señor Rodolfo, habládme de una vez... yo tengo miedo... ¿estoy soñando?... ¿Qué le hacen al Maestro de Escuela? no se oye nada... y esto me da aún más miedo...

David salió del gabinete, pálido como lo están los negros... sus labios estaban blancos como el papel.